



CAPITULO V.

PUNTO HISTORICO.

VOLVIA Juan Diego este mismo día sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivia, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de Tolpetlac, que esta á la vuelta del cerro mas alto, y dista de él una legua á la parte del Nordeste. Tolpetlac, significa lugar de esteras de espadaña, porque seria en aquel tiempo la única ocupacion de los indios vecinos de este pueblo tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo, en que por la mañana habia visto y hablado

á la Virgen Maria, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrándose en su acatamiento le dijo: Niña mia muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste: y aunque no tuve entrada luego á ver y hablar con el Sr. Obispo, hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion, mas á lo que yo vi en él, y segun las preguntas que me hizo, colegi que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí mas despacio el negocio á que iba y escudriñar lo mas de raiz. Presumió que el templo que pides se te labre, es ficcion mia, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego que envíes para esto á alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías: perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido al decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caido en tu indignacion, ó te haya sido desagradable en mi respuesta. Este coloquio, que en la forma que se ha referido, se contenia en el escrito histórico de los naturales; no tiene otra cosa mia, sino es al traslacion del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase. Oyó con benignidad Maria Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oido dijo así: Oye, hijo mio muy amado, sábete que no me faltan sirvientes, ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar; si quisiera, y que harian lo que

les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervencion tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y así te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana á ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el Templo que le pido, y que quien te envia es la Virgen Maria, Madre del Dios verdadero. Respondió Juan Diego: No recibas disgusto, Reina y Señora mia, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad y con todo mi corazon á obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me escuso, ni tengo el camino por trabajo: mas quizá no seré acepto ni bien oido, ó ya que no me oiga el Obispo no me dará crédito; con todo haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, al ponerse el sol, y traeré la respuesta que me diere: y así queda en paz alta Niña, y Dios te guarde. Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á su muger ó á otra persona de lo que le habia sucedido, porque no lo dice la historia; sino es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

REFLECCIONES,

Jugum, enim meum suave est, et onus meum leve. S. Mat. c. xi. v. 30.

EN este punto histórico se nos presentan nuevas lecciones de la importante virtud de la humildad, viéndolo que el feliz mexicano Juan Diego se confiesa indigno é incapaz de desempeñar la misión que la Reina de los ángeles se digna confiarle.

Nos dice la historia que la Santísima Virgen oía con benignidad á Juan Diego que humilde manifestaba ser pobre, plebeyo y despreciable, y por lo mismo indigno de ser oído en su embajada. Así fija sus ojos y sus oídos la inmaculada Virgen hácia los humildes, muy agradable le es á la Señora un pecador que reconociéndose tal se humilla en su presencia y le dice: Señora y Refugio mio: yo no soy digno de que me oigas ni de que dirijas á mi tus ojos; pero sabiendo cuanta es la bondad de tu inmaculado, tierno y maternal corazón, me atrevo á venir á ti á pedirte tus auxilios para que me ayudes á salir de mis pecados y vicios, para servir ya á tu Santísimo Hijo y á ti que eres mi Refugio.

Y ¿cuál es la respuesta de María? Es muy parecida á la que dió á Juan Diego: Oye hijo mio muy amado, sábelte que no me faltan servidores; pero yo me pago mucho de las almas que recurren á mi con humildad y confianza. Mi Santísimo Hijo retratándose asimismo en el Padre del hijo pródigo, me enseñó á recibir con agrado á los pecadores que arrepentidos vuelven á su Padre celestial y me reconocen por Madre. Yo te reconciliaré con Dios, volverás á la casa paterna, tu padre te echará los brazos al cuello, te vestirá del rico ropaje de la gracia y te sentará á su mesa.

Y si tal bondad tiene la Santísima Virgen con los pecadores ¿qué hará con los justos? ¿qué hará con sus tiernos devotos, que por serlo son verdaderos humildes? Oye hijo mio, dirá á cada uno, tú que humilde vienes a mí con confianza y filial cariño, no temas, pues aunque tengo en el cielo millares de servidores, yo no me desdeñaré de tus servicios y te los recompensaré abundantemente.

Humillémonos como Juan Diego, y oiremos de la purísima boca de María, que nos da el nombre de hijos; y de hijos muy amados. Este fué el principal fin con que bajó del cielo á visitarnos. Allá en la cima del calvario la hizo la bondad de Nuestro Divino Salvador, madre de todos los hombres, poniendo bajo su cuidado maternal á todos, pero especialmente á los que la invocaran con humildad y filial confianza; mas en la cima del Tepeyac, se presenta descendiendo de la gloria para ofrecerse por nuestra Madre de un modo particular y especialísimo y para llamarnos, no simplemente hijos; sino hijos muy amados. ¡Oh

bondad del Señor que así ha querido favorecernos y honrarnos disponiendo que la incomparable Hija, Madre y Esposa de su Trinidad adorable viniese á dispensar una fineza sin igual á los mexicanos! ¡Oh ternura de Maria para con nosotros. . . . ¡Pero ay de nosotros que lejos de reconocer humildes y agradecidos tan gran favor, nos portamos mas ingratos que el hijo pródigo. Aquel dejó á un padre tierno, nosotros nos apartamos del mejor de los padres y dejamos una Madre incomparable, llena de amor y de ternura.

En nuestra época fatal, alucinados con los falsos brillos de las naciones protestantes, materialistas ó indiferentes, queremos imitarlas ambicionando su mentida ilustracion y falsa gloria, y llenos de soberbia nos parece bajeza invocar á la Reina de las naciones y de los cielos, recurrir á sus templos, postrarnos ante sus altares y ante su bellissima imágen, para ofrecerle nuestros servicios y obsequiarla.

El que se humilla será enzalzado y el que se enzalza será humillado, dijo nuestro Señor Jesucristo. Y ¿qué será de una nacion que se ensoberbece hasta el grado de no querer doblar la rodilla ante la Madre de Dios y Madre nuestra? ¿qué será de una nacion que da oídos á las impías doctrinas de los enemigos del culto de la Madre de Jesucristo? Será humillada, y tanto mas humillada cuanta mayor es su ingratitud para con esa excelsa Vírgen que la ha distinguido entre todas las naciones. "Non fecit taliter omni nationi." Pero no, que los mexicanos todos sin escepcion de uno solo, volverán en sí, y á pesar de las naciones que fijan su felicidad en las cosas de la tierra, México

la fijará en honrar á su poderosa Reina y tierna Madre. Entonces comenzará la época feliz de México.

Cuando humildes y agradecidos correspondamos á María sus finezas, Ella nos alcanzará del cielo, torrentes de beneficios espirituales temporales. Abrazémos estrechamente la religion verdadera que la misma Santísima Señora nos trajo, constituyéndose nuestro apóstol, ¡y con la práctica de las virtudes, con el temor y amor de Dios y la devocion á la Santísima Vírgen, nos vendrán tambien los bienes temporales cuyos gérmenes posee con abundancia nuestro pais. Buscad primero el reino de los cielos, dijo nuestro Señor Jesucristo, y todo lo demas se os dará de añadidura. Busquémosle, pues, y vendrá tambien la felicidad temporal que tanto deseamos para nuestra nacion, vendrá la abundancia y progreso en la minería, en la agricultura, en la industria, en las artes, en las ciencias; y la paz, la sólida independencia y soberanía nacional; y en suma, una felicidad verdadera nos vendrá infaliblemente por manos de la que es dueña de todas las cosas, Señora de las naciones, Reina de los cielos, Madre de Dios y Madre nuestra.

Es muy digna de nuestra consideracion y reflexiones la obediencia de Juan Diego, y ojalá procurásemos imitarlo en esa heróica virtud, no menos importante que la de la humildad é inseparable de ésta. La obediencia es la mejor regla para conocer si somos humildes. Es una virtud tan interesante, que de ella nos dió el Salvador una larga leccion desde su encarnacion hasta su muerte: "Se humilló asimismo, dice el Apóstol, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz." Consiste la virtud de

la obediencia es un hábito del entendimiento y otro de la voluntad: el del entendimiento consiste en sujetar nuestro juicio al juicio ageno prescindiendo de nuestro modo de pensar por atender al de otro, creyendo mas á otro que á nosotros mismos: el hábito de la voluntad consiste en hacer la de otro con preferencia á la nuestra. El obedecer se dirige ó se practica respecto de las personas que de algun modo nos son superiores; pero aun llega á practicarse aun respecto de los inferiores, tomando entonces un grado de heroicidad admirable, con tal de que se obre prudentemente y no se degenerate en bajeza ni desórden.

La Sma. Vírgen que eligió á un humilde para mensajero hácia el Illmo. Prelado, y que quiso, sin duda, darnos en esto á conocer que nos quiere humildes para que merezcamos sus favores, quiso tambien, á no dudarse, que aprendiéramos en Juan Diego á ser obedientes, porque la obediencia es tan importante como la humildad, y es la regla para conocer si esta existe y es perfecta. Se engaña el que se crea humilde sin ser obediente.

Nuestro divino Salvador y Maestro amó la obediencia, y la practicó para nuestra enseñanza, como hemos dicho, desde su encarnacion hasta su muerte. Los evangelistas al hablarnos de la vida de N. S. Jesucristo, en Nazareth, que fué por veinte y tres años, no nos dicen sino que "estaba sujeto" á José y á María. Mas no contento con darnos por sí mismo lecciones prácticas de obediencia, quiere su Magestad ponernos continuos ejemplos á la vista, haciendo que aparezcan en todos tiempos, justos, imitadores suyos, que nos muevan tambien á imitarlo, tal

es el humilde y obediente Juan Diego, quien aunque parecia resistirse á cumplir con la alta mision que le confiaba la immaculada Vírgen, su oposicion no era verdaderamente tal; sino la manifestacion humilde de su bajeza, ignorancia é inutilidad; y así vemos que sujeta su juicio á la Niña hermosa que le hablaba, y marcha á obedecer sus órdenes.

La obediencia, pues, nos hace agradables á Dios y dignos de los favores de María, y pues nos es tan interesante agrandar al Señor y merecer los favores de su Santísima Madre, para animarnos á la práctica de esa preciosa virtud, contemplemos un momento la obediencia de Ella misma.

Dice San Alfonso Ligorio: "Por el amor que María tenia á la obediencia, en la anunciacion del arcángel San Gabriel no quiso llamarse con otro nombre que con el de esclava: "He aquí la esclava del Señor." Si, dice Santo Tomas de Villanueva; porque esta fiel esclava, ni con las obras ni con el pensamiento contradijo jamas al Señor, sino que, desnuda de la propia voluntad, siempre y en todo vivió obediente á la voluntad de Dios. Ella misma declaró que Dios se habia agrado de su obediencia cuando dijo: "Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava." Porque tal es la humildad propia de una esclava, estar siempre pronta á obedecer. Dice San Agustin que la divina Madre con su obediencia remedió el daño que hizo Eva con su desobediencia. La obediencia de María, fué mucho mas perfecta que la de todos los demas santos, escribió San Bernardino; pues

11.

siendo todos los demas hombres inclinados al mal por la culpa original, sienten dificultad en obrar bien; no así la bienaventurada Vírgen María, que inmune del pecado original, no sentia impedimento en obedecer á Dios, sino que fué como una rueda veloz en moverse á toda inspiracion divina; por lo cual no hizo otra cosa en este mundo, como dice el mismo santo, sino observar y ejecutar lo que agradaba á Dios. De ella se dijo: "Mi alma habia quedado desmayada al eco de la voz de mi amado." A lo cual añade Ricardo que el alma de la Vírgen era como un metal derretido, pronta para tomar todas las formas que Dios queria.

Bien hizo ver en efecto María cuan pronta estaba á la obediencia, primeramente cuando para dar gusto á Dios quiso obedecer tambien al emperador romano, haciendo aquel viaje tan largo de noventa millas á Belen en tiempo de invierno, gravida, y tan pobre que se vió despues obligada á posar en un establo. Así tambien estuvo pronta al aviso de San José, para ponerse en camino aquella noche misma, y emprender otro viage mas largo y mas trabajoso á Egipto. Y pregunta Silveria: ¿Por qué la revelacion de la huida á Egipto se hizo á San José, y no á la bienaventurada Vírgen, que mas debia sentir el trabajo? Y responde: Para no privar á la Vírgen la ocasion de ejercer este acto de obediencia, para lo cual estaba tan dispuesta. Pero sobre todo, mostró su heroica obediencia cuando para obedecer á la divina voluntad ofreció á su Hijo á la muerte con tanta constancia, que, como dice San Ildefonso, hubiera estado pronta para cru-

cificar al Hijo si hubiesen faltado verdugos. De aquí es que sobre las palabras que dijo el Redentor á aquella muger del Evangelio cuando exclamó: "Bienaventurado el vientre que te llevó." Jesus respondió: "Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en practica." Escribió el venerable Beda que Maria fué mas feliz por la obediencia á la divina voluntad, que por haber sido Madre del mismo Dios.

Por eso aprecia tanto la Santísima Vírgen á los amantes de la obediencia. Aparecióse María en cierta ocasion á un religioso franciscano llamado Acorso, en su misma celda; pero éste salió, porque le llamó la obediencia para ir á confesar un enfermo. Volvió el religioso y halló que María le estaba esperando; y le alabó mucho su obediencia. Al contrario, reprendió mucho á otro religioso, porque oyendo tocar á refectorio se detuvo á concluir unas devociones. Hablando la Vírgen á Santa Brígida de la seguridad que presta el obedecer al Padre espiritual, le dijo: "La obediencia introduce á todos en la gloria. Porque dice San Felipe Neri: Dios no pide cuenta de las cosas hechas por obediencia, habiendo El mismo dicho: El que os escucha á vosotros, me escucha á mí, y el que desprecia á vosotros á mí me desprecia." Reveló tambien la misma Madre de Dios á Santa Brígida, que por el mérito de su obediencia habia alcanzado del Señor que todos los pecadores que á ella acudan arrepentidos, serán perdonados. ¡Ah, Reina y Madre nuestra! rogad á Jesus por nosotros, alcanzadnos por el mérito de vues-

tra obediencia, el ser fieles en obedecer á su voluntad y á los preceptos de los Padres espirituales.”

Procuremos, pues, la obediencia, sujetándonos y haciendo la voluntad divina: séamos obedientes á la Iglesia que el divino Hijo de María fundó sobre la tierra. No quiera Dios que la nacion mexicana, tan privilegiada y favorecida del cielo, sea desobediente á la Iglesia de Jesucristo, en cuyo seno únicamente halla el individuo, la familia y las naciones, verdadera civilizacion, verdadero progreso, verdadera union y verdadera felicidad.

Hubo un pueblo escogido por Dios, privilegiado y colmado de favores divinos; y ese pueblo por sus desobediencias á Dios, cayó en espantosos males, fué el ludibrio de sus enemigos y fué abandonado hasta quedar sin Dios, sin gobierno, sin patria; y vaga mezclado entre las naciones para que aprendan éstas á conocer que cuando una nacion es especialmente favorecida del cielo, y se muestra desobediente é ingrata, terrible será su castigo; tanto cuanto fué su desobediencia é ingratitude, y cuanto mas grandes fueron los favores y gracias que se les dispensaron. Y ¿qué seria de México, si continuara ingrato y desobediente con Dios y con su Santísima Madre despues de ser tan privilegiado y favorecido de Dios y de María? Acaso su castigo seria muy parecido al que sufrió el ingrato y desobediente pueblo de Israel. Acaso desaparecería la imágen celestial que tenemos como una prenda de predileccion, y esa imágen se daría á otro pueblo, y el nuestro acaso caería en los errores, en el cisma, en la apostasia y en las heregías mas impías, y acaso tambien

en poder de una nacion extraña, que con nuestro terreno y nacionalidad nos robaria toda felicidad y aun extinguiria nuestra raza ó nos haria vagar por países extraños, para servir de escarmiento á otras naciones.

No, purísima María de Guadalupe, no permitas que nuestras desobediencias á Dios, á su Iglesia y á tí, nos traigan nuestra completa ruina. Alcánzanos auxilio de la gracia para corresponder tus favores y los de tu divino Hijo, haz que le séamos obedientes, que nos perdone nuestras faltas pasadas, nos bendiga y haga dignos de llamarnos tus hijos, pues bajo tu amparo maternal nada tenemos que temer; y sí, mucho que esperar. Seremos felices material y espiritualmente, felices en el tiempo y felices en la eternidad. Haz que inclinemos nuestra cerviz al suave yugo de la obediencia de los preceptos del Señor, y á la de tu voluntad que íntimamente está unida con la de su Magestad divina.

